

## CAPÍTULO VI

### ALEXIS DE TOCQUEVILLE

#### 1. Semblanza de Tocqueville

La familia Clérel de Tocqueville era una de las más antiguas de la nobleza normanda, una de las más fieles a sus tradiciones aristocráticas. Al mismo tiempo, los Clérel de Tocqueville habían mantenido —hasta la Revolución— la tradición de tomar el partido del pueblo en los conflictos entre éste y el poder real. Ambas corrientes se aunarían en la obra de Alexis de Tocqueville (1805-1859).<sup>1</sup> Su infancia transcurrió bajo el trauma que la nobleza francesa sufrió durante la Revolución, y Alexis creció en una clase social llena de reminiscencias y nostalgias monárquicas, pero, al mismo tiempo, en proceso de establecer un nuevo compromiso con la burguesía triunfante para no perder del todo su posición dominante. Tocqueville fue educado católicamente y no renunció nunca a la religión de sus mayores, aunque la amplitud de sus miras, su tolerancia en materias religiosas y la secularidad de su visión política estén muy alejados de las doctrinas de los escritores católicos de su tiempo. Hay razones para creer que la suya es más una religión deísta cristiana que una religión estrictamente católica.

Después de un período de estudio en Metz, visitó Italia con su hermano, y redactó —con pluma casi adolescente— un voluminoso diario de viaje. En él se entrenó para el reportaje sobre América que sería su obra maestra. A su vuelta, Tocqueville ocupó un puesto de juez, por patente real, en Versalles. La revolución de julio de 1830, que devolvió el poder a la burguesía, ocurrió cuando Tocqueville ocupaba aquel cargo, pero no le sorprendió en ningún sentido, pues ya estaba convencido de la importancia de la «nueva Francia» de las clases medias. Ello sin embargo, Tocqueville sentía desdén por la mentalidad pequeñoburguesa del rey Luis Felipe y su gobierno, y prestó juramento de fidelidad con gran repugnancia, convencido que era mejor continuar sirviendo, que abstenerse de hacerlo y ser, así, apartado por completo de la vida pública francesa. De todas formas, Tocqueville aprovechó las circunstancias para embarcarse hacia América, en 1831, en compañía de su amigo y colega Gustave de Beaumont, para realizar

investigaciones sobre el sistema penitenciario de los Estados Unidos. En 1833, ambos magistrados publicaron *El sistema penal norteamericano y su aplicación en Francia*, un informe que sin duda influyó en las reformas que Europa llevó a cabo en sus instituciones penitenciarias a lo largo del siglo XIX.

El fino e inagotable sentido de observación de Tocqueville fue ejercido ampliamente durante los diez meses de su estancia en los Estados Unidos. La filosofía social en general, pero la ciencia política y la sociología en particular, tienen en Tocqueville uno de los casos más equilibrados de combinación de la observación directa con la especulación social al modo tradicional; en verdad, ciertos pasajes de la *Democracia en América*, el libro fruto de este viaje, recuerdan a Aristóteles tanto en su ponderación como en la armoniosa combinación de teoría y observación. Sin embargo, no fue el Estagirita, sino Blaise Pascal, el autor que más influyó en la personalidad y el estilo de Tocqueville.

Alexis de Tocqueville casó con Mary Mottley, una dama inglesa sin fortuna que vivía en Versalles. Este hecho y sus viajes a Inglaterra explican bastante el influjo del pensamiento político anglosajón en el de Tocqueville. Al mismo tiempo, esta circunstancia hizo que sus escritos fueran comprendidos y tuvieran éxito inmediato en Gran Bretaña. El primer volumen de la *Democracia en América* apareció en 1835 y fue universalmente celebrado en Inglaterra, en especial por John Stuart Mill. La Cámara de los Comunes requirió a su autor para consultas. Estos y otros eventos le inclinaron a la vida política: fue elegido representante del distrito de La Mancha y permaneció siempre en la oposición constitucional en la Cámara de los Diputados, desde 1839 a 1851. Se preocupó mucho por los asuntos de la región que representaba, que era la suya, por su familia. Prueba de ello es su estudio económico sobre el puerto de Cherburgo, en el que se expresan sus ideas a favor de la autonomía de la administración local.

En el Parlamento, Tocqueville tuvo una vida activa, aunque sus dotes reflexivas quizá fueran las que le impidieron alcanzar mayor prominencia. Combatió a Guizot desde la oposición, para arrancar más reformas del gobierno de derechas por él presidido. Hizo dos viajes a Argelia para estudiar problemas coloniales. Pero su mayor aportación son sus discursos. Algunos de ellos, por desgracia, no fueron escuchados, como por ejemplo el que pronunció en enero de 1848, profetizando la revolución que se avecinaba, como hicieran también independiente y simultáneamente Lorenz von Stein y Karl Marx. Tras los eventos de aquel año, Tocqueville aumentó su escepticismo respecto al liberalismo burgués de la época, incapaz de comprender el sentido de la marcha de los acontecimientos sociales. Mas, por otra parte, Tocqueville criticó también a los dirigentes del socialismo, en este caso por su torpeza al no saber utilizar las ventajas del sufragio universal conseguido después de la revuelta. Además, Tocqueville no apoyó el socialismo por creer que su momento no había llegado y que, en aquellas circunstancias, era sólo una secta o grupo minoritario que no encajaba con las necesidades más generales de la nación.

Bajo la presidencia de Luis Napoleón, Tocqueville, siempre reelegido, fue he-

cho ministro de Asuntos Exteriores. En tal capacidad, tuvo que habérselas con problemas agudos que resolvió con habilidad, pero su paso por el ministerio le dejó agotado. Su separación posterior del poder hizo posible que escribiera su segunda obra maestra, *El antiguo régimen y la revolución*, un libro que aplica criterios sociológicos al estudio de la historia. Tocqueville lo escribió sin querer satisfacer a ninguno de los dos bandos que habían luchado en el gran conflicto, sirviendo, en la medida de lo posible, la verdad histórica tal como le era dable reconstruirla. Si en esta obra queda alguna creencia que Tocqueville no someta a su autocrítica sistemática, ésta es la de la fe en la libertad como pasión constitutiva del hombre.

## 2. Un análisis sociológico de los Estados Unidos

Los Estados Unidos de Norteamérica fueron fundados sobre una base única en su género. Si bien, al igual que las otras naciones americanas, surgieron del seno de un imperio europeo, los elementos coloniales que los integraban reflejaban apenas la estructura social metropolitana. Así, en las colonias norteamericanas predominaban ciertas capas disidentes de la sociedad europea. Los Estados Unidos se constituyeron democráticamente, según principios representativos, y con una masa de población refugiada, que venía huyendo de la intolerancia y la persecución. Por ello constituían, a la sazón, un gigantesco experimento para los pueblos europeos: se trataba de la puesta en marcha de una vasta nación bajo los principios políticos del liberalismo y la Ilustración. Tocqueville, al hacerse a la mar en abril de 1831 con destino al Nuevo Mundo, estaba perfectamente consciente de la magnitud del fenómeno que iba a presenciar. El resultado de sus observaciones, sus vivencias y sus estudios fue el mejor libro que jamás se haya escrito sobre los Estados Unidos. También constituye una de las reflexiones más descollantes sobre la naturaleza y sociología de la democracia en general, así como varios aspectos cruciales de la civilización moderna.

Tocqueville se enfrentaba con la sociedad yanqui de la época del presidente Andrew Jackson (1767-1845), caracterizada por la primera expansión urbana de las ciudades del Este, por el empuje hacia las tierras vírgenes del Oeste, por la dulcificación de la religión puritana y por los principios de un vigoroso reformismo, expresado tanto en la nueva penología como en los albores del movimiento antiesclavista.<sup>2</sup> Los aspectos negativos de la nueva sociedad americana no podían escapar a ningún observador de la democracia jacksoniana, pero los dinámicos y progresivos eran tanto o más preeminentes. Entre éstos, el más destacado era, sencillamente, el de la representatividad democrática. Salvo los esclavos en los estados meridionales y los indios, la totalidad de la población poseía el modo de gobierno más representativo del mundo y el grado más alto de participación, por parte de cada ciudadano particular, en la vida pública. En Europa, era corriente hablar y referirse a las instituciones yanquis sin conocerlas, y Tocqueville se propuso terminar con esta situación. Pero su interés era doble; por un

lado, le interesaba enterarse de la situación e informar sobre ella, describiéndola; por otro, le seducía la idea de desvelar el que para él fue siempre un problema crucial para todo pensador liberal, el del sentido y funcionamiento de la libertad en el seno de la sociedad humana, y, sobre todo, en el marco de la que él creía corriente irresistible de los tiempos modernos, la democracia. Por eso su obra lleva el título de «democracia en América»: la democracia (fuerza y categoría histórica general) en un país concreto (circunstancia espaciotemporal). Y, por eso también, *La democracia en América* no es únicamente un libro sobre las instituciones políticas de los Estados Unidos, sino una larga meditación sobre la marcha histórica de las sociedades occidentales. Y, como ya había sido el caso de Montesquieu en su aportación a la filosofía social, lo que da peso a la meditación toquevillana es el espíritu sociológico que la anima.

La obra de Tocqueville comienza a un nivel puramente descriptivo, geográfico, y termina, en el segundo volumen (publicado cinco años después del primero), con un alto grado de abstracción. El paso paulatino de lo descriptivo a lo conceptual se realiza siempre dentro de un esquema de observación realista. Así, para poder estudiar el sentido de la libertad en la vida moderna, Tocqueville se atiene siempre a un estudio de cuantas instituciones aparentemente extrapolíticas encuentra. En ello se percibe el directo influjo de Montesquieu quien, como se expuso más atrás, percibió la interdependencia de las diversas zonas de la realidad y propugnó la comprensión de esta interdependencia como condición previa a todo entendimiento cabal de los asuntos humanos. Con la ayuda de esta convicción, elemental para toda la imaginación sociológica, Tocqueville describió las interrelaciones existentes en la vida social yanqui. Desveló así las relaciones existentes entre la libertad de prensa y el temperamento de la clase media, entre la religión protestante y el sistema federal, entre el igualitarismo y el sistema de gobierno local autónomo. El título de uno de sus capítulos revela este tipo de enfoque: «De la religión considerada como institución política, y cómo sirve poderosamente al mantenimiento de la república democrática de los americanos».<sup>3</sup> La preocupación original de Tocqueville es política, pero, al intentar averiguar aquellas circunstancias que hacen posible la democracia y cuya naturaleza es las más de las veces extrapolítica, se tiene que adentrar forzosamente en el terreno de la mentalidad, de las convicciones, de los valores económicos, sin olvidar los detalles de la vida cotidiana. Gracias a ello, Tocqueville fue uno de los primeros escritores que pudo describir los rasgos psicosociales del pueblo yanqui. De él se puede decir que surgen tradiciones tales como la que atribuye a los norteamericanos un alto grado de materialismo o, mejor, una excesiva pasión por el confort:

En América, la pasión por el bienestar material no es siempre exclusiva, pero es general; si bien todos no la experimentan del mismo modo, todos la sienten. El cuidado de satisfacer los mínimos deseos del cuerpo y de proveerse las pequeñas comodidades de la vida preocupa universalmente a los espíritus.

Algo parecido va ocurriendo cada vez más en Europa.

No he encontrado, en América, ciudadano tan pobre que no mirara esperanzada y envidiosamente los goces de los ricos y cuya imaginación no se encendiera ante la perspectiva de los bienes que la fortuna se obstinaba en negarle.

Y, por otra parte, nunca he percibido, entre los ricos de los Estados Unidos, ese soberbio desdén por el bienestar material que se muestra a veces hasta en el seno de las aristocracias más opulentas y disolutas.

La mayor parte de estos ricos fueron pobres; han sentido el aguijón de la necesidad, han combatido durante un largo tiempo contra una fortuna adversa y, ahora que la victoria ha llegado, las pasiones que acompañaron la lucha sobreviven. Los ricos siguen ebrios en medio de esos pequeños goces que han perseguido durante cuarenta años.<sup>4</sup>

Pero palabras como las anteriores no son sólo un retrato de la sociedad norteamericana de la época y, más aún, de la que habría de configurarse andando el tiempo. Tocqueville, como muchos otros después de él, ve en América el gran terreno experimental donde tiene lugar fenómenos que afectarán luego a todos los pueblos europeos. El hedonismo de los «pequeños goces» va infiltrándose «cada vez más en Europa». Diríamos que, a partir de Tocqueville, América ha sido para muchos la imagen de nuestro futuro, si no fuera que los mismos fundadores de la república yanqui tenían conciencia de ello y que con esa conciencia se establecieron múltiples colonias (religiosas, socialistas, anarquistas) en los territorios vírgenes de Norteamérica. Al mismo tiempo, Tocqueville utiliza el ejemplo de los Estados Unidos para analizar los resultados de la expansión europea sobre los pueblos no europeos. Con este motivo, Tocqueville compara fríamente los diferentes modos de colonizar de españoles e ingleses:

Los españoles soltaron sus perros sobre los indios como si de animales feroces se tratara, saquearon el Nuevo Mundo como si fuera una ciudad tomada al asalto, sin discernimiento ni piedad; mas no se puede destruir todo, el furor tiene un final: el resto de la población india escapada a la matanza acaba por mezclarse a los vencedores y por adoptar su religión y sus costumbres.

La conducta de los americanos de los Estados Unidos respecto a los indígenas respira al contrario el más puro amor a las formas y la legalidad. Siempre que los indios no abandonen su estado salvaje, los americanos los dejan en paz y los tratan como pueblos independientes; no se permiten ocupar sus tierras sin haberlas adquirido debidamente mediante un contrato y, si por fortuna una nación india no puede vivir en su territorio, fraternalmente la toman de la mano y la llevan ellos mismos a que muera lejos del país de sus antepasados.

Los españoles, con la ayuda de monstruosidades sin par, cubriéndose de una imborrable vergüenza, no han conseguido exterminar la raza india, ni siquiera impedir que participe en sus derechos; los americanos de los Estados Unidos han conseguido este doble resultado con maravillosa facilidad, tranquilamente, legalmente, filantrópicamente, sin verter sangre, sin violar uno solo de los grandes principios de la moral ante los ojos del mundo. Sería imposible destruir a los hombres respetando mejor las leyes de la humanidad.<sup>5</sup>



A la indignación moral de Las Casas o Montaigne, hay que añadir ahora el análisis de los diversos modos de explotación y exterminio utilizados por todos los pueblos coloniales de Europa, tal como lo ejerció Alexis de Tocqueville. Sin moralizar, el texto tocquevilliano es, no obstante, una manifestación madura de la ética laica y humanista que acompañaba las tradiciones humanistas del liberalismo, incómodo ante el flanco nacionalista, imperialista y expansivo de los países europeos, precisamente porque, con frecuencia, estas tendencias iban unidas a la expresión doctrinaria de ese mismo liberalismo. La comprensión de la propia barbarie, el análisis de sus formas múltiples, que van de lo especularmente brutal a la crueldad inconspicua, es uno de los aspectos más notables de *La democracia en América*. Pero el principal queda más allá de la descripción caracterológica del pueblo yanqui o de sus tendencias morales. El libro es, en realidad, un pretexto buscado por Tocqueville para plantearse una serie de cuestiones clave sobre el presente y el futuro de la libertad en el seno de los nuevos sistemas sociales igualitarios que, según él, se irían implantando por doquier. Para juzgar esas cuestiones, hay que familiarizarse primero con algunas ideas de Tocqueville acerca de la democracia y el igualitarismo en el mundo moderno.

### 3. Igualdad, libertad, individualismo

La igualdad es un hecho, el igualitarismo, una doctrina, y, para Tocqueville, una pasión humana. Su difusión en las conciencias ha tenido, según él, un papel decisivo en la formación de la mente moderna. El igualitarismo es una tendencia social que fomenta el tipo de igualdad que puede llamarse igualdad material. Hay otros géneros de igualdad, por ejemplo, la jurídica, o sea, la igualdad ante la ley. Ésta es la expresión legal de la igualdad moral propuesta por los humanistas renacentistas y heredada de los helenistas. Más tarde, los pensadores sociales del siglo XIX se dieron cuenta de que uno de los rasgos más característicos de su tiempo era el énfasis que los hombres ponían sobre la igualdad material. Ésta significaba que los hombres eran y debían ser sustancialmente iguales. Para lograrlo, los liberales intentaron crear un orden en el que predominara por lo menos una forma de igualdad material: la de oportunidades. Un medio para alcanzarla era, supuestamente, la abstención por parte del estado de toda interferencia en la vida privada del ciudadano. Según este principio, el derecho a la vida privada recibió una sanción legal que nunca había tenido. (Antes, sólo en Pericles hallamos una cierta y circunscrita justificación de su valor así como de la autonomía del individuo.) Como consecuencia de ello, la supresión del privilegio aristocrático llegó a ser casi completa en todos los países dotados de una constitución liberal.

La tendencia histórica de la era moderna hacia la igualdad vino acompañada por otra, la tendencia política hacia la libertad. Así, la individualidad de los

miembros de la sociedad era salvaguardada por el derecho positivo: cualquiera podía hacer lo que se le antojara siempre que no violara los derechos de los demás. Al mismo tiempo, la institucionalización de los derechos del ciudadano implicó el reconocimiento de que la igualdad era inseparable de la libertad, y hasta se llegó a identificarlas en algunos casos. Mas esta igualdad tenía que comprenderse «dentro del alcance de la ley, tal cual sugería la idea de isonomía presentada por Isócrates» y no debía confundirse con la «igualdad de condiciones». Era la igualdad discriminatoria y aristocrática «de quienes forman un cuerpo de pares»,<sup>6</sup> dice Tocqueville. Sin embargo, agrega que la tendencia hacia la igualdad y la tendencia hacia la libertad pueden, en ciertos casos, ser divergentes. De hecho, cree Tocqueville, el mundo contemporáneo está ya presenciando ese acontecimiento en algunos lugares. Ello ocurre porque la igualdad misma encierra en sí dos corrientes diferentes:

La igualdad en realidad produce dos tendencias: la una lleva a los hombres hacia la independencia y hasta puede arrastrar todo a la anarquía, y la otra los lleva por un camino más largo y recóndito, hacia la servidumbre.<sup>7</sup>

Entendida de este modo, la igualdad se concibe como una «fuerza social» en cierto sentido independiente de los grupos que la portan, independiente también de aquello que en un principio parecía inseparable de ella, la libertad:

La igualdad puede llegar a establecerse en la sociedad civil sin reinar en la vida política. Uno puede tener el mismo derecho a gozar de los mismos placeres, ejercer las mismas profesiones, asistir a los mismos lugares, en una palabra, vivir la misma vida y perseguir la riqueza por los mismos medios sin tomar parte alguna en el gobierno.<sup>8</sup>

Al darse cuenta de la posibilidad del divorcio entre libertad e igualdad, Tocqueville vislumbra la futura existencia de una sociedad sin auténtica vida política, en la que:

[...] una enorme masa de hombres similares e iguales giren incansablemente en torno a sí mismos para procurarse pequeños placeres vulgares con los que llenar sus mentes.<sup>9</sup>

Siguiendo esta línea de pensamiento, Tocqueville se adentra en la naturaleza de las modernas masas sociales. Tradicionalmente, las masas (la turba, la muchedumbre) eran concebidas según los cánones del prejuicio aristocrático, como la simple mayoría del pueblo vulgar e ignorante. Tocqueville distingue entre pueblo y masa. Esta última no se compone necesariamente de una muchedumbre reunida en un lugar, sino de una mayoría de hombres solitarios que «giran incansablemente en torno a sí mismos», que viven dentro de un hedonismo vulgar y son víctimas de un intenso conformismo social, fomentado por la democracia

moderna. Ignorando los aspectos constitucionales y gubernamentales de la democracia, Tocqueville intentó desvelar el substrato profundo de toda sociedad democrática. Lo primero que uno encuentra, en una era democrática, dice Tocqueville, y en especial en la Francia y los Estados Unidos de su tiempo, es una tendencia general hacia la igualdad de condición. El derecho al voto es sólo una expresión externa de esa tendencia, y lo mismo ocurre con la existencia de asambleas deliberantes y todas las demás instituciones del gobierno representativo. Tocqueville cree que todas ellas son deseables y que, andando el tiempo, echarán raíces profundas en la sociedad moderna. El igualitarismo político es, pues, un reflejo de una profunda tendencia estructural, procedente de las clases medias y de las inferiores, y que impone cambios drásticos en la organización tradicional de la sociedad. Pero esa corriente entraña también la evolución hacia la «estandarización» de las situaciones individuales y la homogeneización de las distinciones sociales. Su origen reside en el desarrollo de lo que Tocqueville llama la «pasión democrática» por excelencia, la pasión por la igualdad de condiciones materiales. De ahí la aparición de esa masa de hombres similares, gregarios por fuera pero solitarios por dentro, a que se refiere la última cita.

Según Tocqueville, la sociedad está siempre bajo la presión de dos corrientes generales. La una es la fuerza que la lleva hacia la diferenciación y a la jerarquía, la tendencia aristocrática, y la otra es la que la lleva hacia la igualación, la tendencia democrática. Esta última es más irracional y, por ello, Tocqueville prefiere llamarla pasión. El hombre tolera mal la prominencia social de su prójimo; si esto se combina con el largo sufrimiento histórico de privilegios injustos y de las divisiones clasistas, comprenderemos por qué los menos privilegiados y los subyugados pueden caer en el delirio de esa pasión en cuanto los poderosos muestran signos de debilidad. En esos casos, la igualdad llega a ser una idea obsesiva, a la cual se abrazan los hombres ciegamente: destruyen barreras, suprimen diferencias, descargan frustraciones retenidas durante largo tiempo y dan rienda suelta a su envidia y a sus sentimientos de ofendida inferioridad. Todo esto no sería grave del todo si no fuera que, con ello, desaparece también la libertad en cuyo nombre estalla la rebelión. En su proceso, los hombres se vuelven sordos a cualquiera que pretenda disuadirles de la consecuencia última de sus actos. La igualdad se convierte entonces en un valor supremo, en «algo absoluto, como principio de nivelación universal»,<sup>10</sup> que todo lo arrastra, incluso la libertad.

Cuando este principio se pone en vigor seriamente en una sociedad, comienzan a aparecer algunos rasgos psicológicos en los individuos que la componen. En un principio, el hombre que se encuentra inmerso en una situación de igualdad de condiciones se siente independiente.<sup>11</sup> Ello le proporciona un inmenso sentimiento de seguridad, que se manifiesta en su arrogancia, la cual, a su vez, es proyectada contra cualquier otro hombre que se distinga en cualquier actividad concreta. Y el individuo de mediocres características en la sociedad moderna se encuentra con que puede usar las instituciones democráticas contra la excelencia humana del prójimo. La envidia puede ponerse al servicio de la igualdad material y arrastrar



a los hombres de la masa a que ataquen sin piedad lo bueno y lo bello, como si fueran tiranos u oligarcas. De ahí la trágica inversión que ocurre en las mentes de algunos individuos «democráticos»: se vuelven contra aquellos que, con valor y honradez, cooperaron en la destrucción de la situación injusta anterior. Y cuando se consolida la democracia, la «envidia democrática» sigue haciendo de las suyas y socavando el progreso de la excelencia humana. Por ello triunfan en política con frecuencia los mediocres o los demagogos.

Tocqueville insiste en que la bifurcación entre libertad e igualdad, así como la correspondiente entre mérito y dignidad de todos los ciudadanos, no ocurrirá en términos absolutos en la sociedad moderna. Se trata sólo de tendencias históricas reales, pero relativas. Además, todas las tendencias sociales generales son, para Tocqueville, naturalmente ambivalentes; producen diferentes resultados según su encuentro con otras tendencias o situaciones sociales:

Por muchos esfuerzos que se hagan, el pueblo no creará nunca unas condiciones perfectamente igualitarias para todos los miembros de la sociedad; hasta en el caso de que tal cosa ocurriera, es decir, una desgraciada nivelación total y completa, siempre existiría la desigualdad de las inteligencias, la cual [...] escaparía a las leyes.<sup>12</sup>

Queda, pues, claro que Tocqueville ve en el mundo moderno dos tendencias generales, una que lleva al aumento de la libertad y otra hacia la creación de un nuevo modo de despotismo, el despotismo de una sociedad dominada por masas a la vez satisfechas e incultas; queda claro también que nunca creyó que tal sociedad podría existir en términos absolutos. Veamos ahora algunas consecuencias de estos procesos.

Tocqueville se dio cuenta de que, sobre todo en los Estados Unidos, el avance de la igualdad entre los diversos individuos había redundado en favor del aumento de la libertad personal. Sin embargo, según él, la posesión de esa libertad a menudo ciega a las personas ante el avance del nuevo despotismo democrático. Las gentes se acostumbran a la idea de que la libertad es la consecuencia natural de la igualdad y creen que, cuanto más tengan de esta última, más gozaran de la primera. Se equivocan.

Los males que puede provocar la igualdad extrema se manifiestan muy lentamente; lentamente se muestran en el cuerpo social; se les ve venir sólo a grandes intervalos y cuando son más violentos, cuando la costumbre no nos impide ya sentirlos.<sup>13</sup>

Por otra parte, las ventajas de la libertad son también lentas, mientras que las ventajas de la igualdad son inmediatas. Pero en la relación existente entre libertad e igualdad, es la igualdad la que produce un sentimiento de libertad. Así, en su tratado sobre *El antiguo régimen y la revolución*, Tocqueville se esfuerza por probar que la igualdad de condiciones, que empezó a crear el absolutismo

ilustrado, en pleno antiguo régimen, fue la causa principal de las ideas liberales que inspiraron la revolución.

Toda lucha contra las tendencias igualitarias carece de sentido, dice Tocqueville. Quienquiera que se oponga a ellas hoy en día será destruido, añade, pensando quizás en la suerte de los más reaccionarios. Además, el establecimiento de la libertad no puede hacerse sin la ayuda de la igualdad. Pero, el igualitarismo produce en el individuo fenómenos tan contradictorios como un aumento de su libertad y la seria posibilidad de perder esa misma libertad a manos de una tiranía de las masas. Esta última consiste en el dominio de la mayoría sobre las minorías selectas. Tocqueville creyó que el socialismo escondía precisamente ese peligro. En sus últimos años, al contemplar retrospectivamente los sucesos revolucionarios de 1848, llegó a forjar una distinción entre la democracia y el socialismo, con lo cual imaginó dos tipos diferentes de sociedad igualitaria. En ambas predominarían el «espíritu democrático» y las «pasiones democráticas». Mas:

[...] la democracia dilata la esfera de la independencia individual mientras que el socialismo la constriñe. La democracia da todo su valor a cada hombre, el socialismo hace de cada hombre un agente, un número. La democracia y el socialismo están unidos sólo por medio de una palabra, la Igualdad; mas notad la diferencia: la democracia quiere igualdad dentro de la libertad, mientras que el socialismo quiere igualdad dentro de la coacción y la servidumbre.<sup>14</sup>

Estas reflexiones de Tocqueville quizás encierren una comprensión insuficiente del socialismo, poco conocido aún en su época; pero deben ser registradas en cuanto que representan un comentario aplicable a cualquier intento de socialismo que vaya unido a una tiranía. Hoy es evidente que la oposición entre socialismo y democracia es injustificable en términos lógicos. Sin embargo, el descubrimiento de Tocqueville de que la democracia liberal e igualitaria encerraba grandes peligros para la libertad no es pequeña. Tocqueville mostró cómo el hombre originalmente individualista de las nuevas sociedades, especialmente la norteamericana, evolucionaba lentamente hacia un amor excesivo del bienestar, hasta corromper el bienestar mismo.<sup>15</sup> Además, cree Tocqueville que el hombre moderno es víctima, cada vez más, de la opinión de los demás y la sigue ciegamente. El ser individualista, ansioso de distinguirse de los demás, empeñado en labrarse su propia vida, que forjó la modernidad desde el Renacimiento y cuyo ideal hizo suyo la revolución liberal, corre ahora el riesgo de convertirse en un sensualista sin personalidad, en un ente adocenado, sin anhelo ni necesidad de vivir libremente. El individualismo, escribe Tocqueville, dándonos la definición más precisa que pueda encontrarse en toda su obra:

[...] es un sentimiento reflexionado (*réfléchi*) y apacible que dispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse, apartado con su familia

y sus amigos, de tal suerte que, tras haberse creado una pequeña sociedad a uso propio (*à son usage*), abandona por su voluntad la gran sociedad misma.<sup>16</sup>

#### 4. La teoría del pluralismo sociopolítico

Uno de los principios del liberalismo maduro es el de la coexistencia en él de una variedad de grupos, partidos y tendencias dentro del cuerpo político. Ello entraña una revisión del principio simplista de Rousseau de la «voluntad general» que deja poco o ningún espacio a los grupos disidentes. (Rousseau, en su visión de la «religión civil» que había de gobernar la sociedad, llegó a proponer el destierro para los disidentes, pues ésta habría de representar la plasmación de la sacrosanta voluntad general.) El liberalismo de Mill, en lo que tiene de defensa de las minorías, propugna ya este nuevo enfoque y, por lo tanto, lo que hoy se suele llamar pluralismo. El pluralismo es a la vez político, ideológico, moral, asociativo y económico: es difícil que lo sea por mucho tiempo en un solo ámbito.

Tocqueville, en su estudio de la sociedad norteamericana, descubrió cómo el pluralismo asociativo era el soporte del político y como el desmoronamiento del primero significaría el fin inevitable del segundo. Al mismo tiempo, le interesaba investigar los procesos por los cuales se mantiene el pluralismo en una sociedad democrática sometida a las tendencias niveladoras y homogeneizadoras de las que acabamos de hablar. Según él, tales procesos son, en principio, el federalismo y la descentralización. Ambos son esquemas políticos, los cuales, por sí solos, no pueden producir los efectos deseados por Tocqueville. Para que exista un verdadero pluralismo social tienen que medrar toda clase de asociaciones espontáneas, con propósitos diversos —comerciales, recreativos, industriales, científicos— y con un alto grado de autonomía y sin injerencia estatal. Merced a ello se creará en una sociedad civil fuerte, es decir, una capa intermedia entre el estado y el individuo, que protegerá a éste, pues el estado no podrá manipular al individuo sin tenérselas que haber antes con las asociaciones de las que sea miembro. En una sociedad aristocrática, el individuo está protegido por sus propios privilegios o por su propio señor (en caso de no ser víctima de sus desafueros), pero en una sociedad democrática no hay otra garantía que la del pluralismo social, el cual, a su vez, implica y presupone el político.

Estas reflexiones vinieron a la mente de Tocqueville cuando observó la gran libertad de asociación que había en América, comparada con la de la Francia de su tiempo. El código penal francés de 1810, vigente a la sazón, establecía que toda asociación con más de veinte miembros necesitaba permiso gubernamental. Naturalmente, la clandestinidad se impuso y, por lo tanto, la ilegalidad y el peligro de revolución. En Norteamérica, en cambio, las asociaciones se formaban con gran facilidad. Cualquier opinión o corriente de protesta se plasmaba inmediatamente en una asociación que luchaba por hacer prevalecer sus pretensiones.

El norteamericano, dice Tocqueville, no hace peticiones a la autoridad, sino que se organiza y lucha constitucionalmente para conseguir lo que quiere.<sup>17</sup> A su vez, la existencia de estas asociaciones crea una barrera contra los excesos del poder central. Una asociación determinada puede no triunfar o conseguir lo que pretende, pero su mera existencia es un freno contra el poder público. Y no sólo contra éste: las asociaciones libres son la contracorriente que mantiene la diversidad necesaria en toda sociedad democrática cuyas tendencias homogeneizadoras son un peligro muy grave contra la libertad y la iniciativa individuales.

La idea del pluralismo político basado en el pluralismo de asociaciones voluntarias de toda suerte es para Alexis de Tocqueville todo un programa de acción política. Para él, lo que hay que hacer es inculcar en los ciudadanos los hábitos de la cooperación de la organización voluntaria, del respeto a la ley y de la confianza en sí mismos, no en el estado. La manera de alcanzar estos hábitos no podía ser otra que la costumbre. Había que crear las condiciones políticas de libertad que permitiesen a los ciudadanos de Europa continental irse dando cuenta paulatinamente de las ventajas de tal sistema. En una palabra, había que combatir el centralismo y la creencia de que el estado es todopoderoso, heredada del absolutismo ilustrado y revigorizada por el régimen republicano que surgió de la Revolución francesa. Porque, para Tocqueville, y en contra de la opinión a la sazón prevalente, el auténtico origen de la situación política, económica y administrativa de su tiempo no era la corriente revolucionaria de la burguesía, sino el centralismo absolutista y despótico de las monarquías del siglo XVIII.

## 5. Las raíces de la Revolución

*El antiguo régimen y la Revolución* apareció en 1856. A la sazón era normal atribuir esta última a las ideas de la Ilustración, tanto para detractarla como para defenderla. Tocqueville, sin negar que la Ilustración era una de las principales causas de la Revolución, insistió en que ciertas transformaciones fundamentales de la sociedad francesa, ocurridas bajo la égida monárquico-aristocrática, habían provocado la gran conflagración. En ellas estaba el verdadero origen de la nueva sociedad europea. Gracias a ellas había sido posible la gran transferencia de las ideas de los pensadores ilustrados a la masa del pueblo, y su incorporación a la imaginación y a los valores morales y políticos de la ciudadanía francesa.<sup>18</sup>

La Revolución no había sido un proceso anárquico como pretendían los críticos ultraconservadores, dice Tocqueville, sino la prosecución lógica del proceso de centralización y racionalización del poder puesto en marcha por el antiguo régimen o *ancien régime*. Durante éste, no cabe duda que existía una gran confusión administrativa y de competencias en el seno de los múltiples organismos estatales, herencia de un larguísimo pasado feudal. Pero, bajo esa confusión, discurrían fuerzas potentes de centralización, sistematización y ordenamiento de

la sociedad según principios de mayor eficacia, que descartaban cada vez más el sistema aristocrático de privilegios. La Revolución y la dictadura napoleónica son así consecuencias directas y coherentes del proceso que inspiraba la vida misma del antiguo régimen.

La noción de que existía una continuidad entre la administración francesa de los siglos XVIII y XIX parecía peregrina a muchos de los contemporáneos de Tocqueville, traumatizados por el recuerdo de un cataclismo que separaba, en sus mentes, dos mundos diversos. Si la construcción de una administración centralizada no hubiera sido el medio para despojar a la aristocracia de su poder y poner éste en manos del pueblo o de sus representantes, tal vez Tocqueville hubiera estado de acuerdo con ellos. Empero, lo que él quería mostrar era que el privilegio aristocrático en sí había sido un freno defensivo contra el poder real, al tiempo que era una ofensa a la igualdad fomentada por las mismas reformas del monarca absolutista. La centralización creada por el antiguo régimen había privado a la aristocracia de la base real de su poder, su autoridad feudal local. Se trataba de una tendencia que había sido iniciada por la monarquía absoluta y terminada por Napoleón.<sup>19</sup> La Revolución propiamente dicha había sido un episodio dentro de ese gran proceso histórico.

Por lo tanto, según Tocqueville, la centralización en Francia había sido consecuencia del esfuerzo conjunto de las costumbres democráticas y de las ambiciones absolutistas. La Revolución acabó con las reliquias y los restos de un sistema preabsolutista que estaba en crisis antes de que ella adviniera. Esto no la minimiza, pero echa nueva luz sobre la naturaleza de ese proceso histórico, así como sobre la dinámica íntima de toda revolución. La centralización francesa era parte de una tendencia histórica europea, y no dependía de una voluntad política, sino de las corrientes y estructuras sociales. Los Estados Unidos habían surgido naturalmente federados. Por mucho que el federalismo fuera el ideal político, no sería posible establecerlo más que cuando dichas estructuras existan, y parte de ellas son las costumbres y creencias del pueblo. Así, la constitución mexicana de 1824 imitó la de su vecino país norteamericano, sin que pudiera funcionar o aplicarse.<sup>20</sup> Cada país requiere su constitución específica, aunque el objetivo deseable —la preservación y el fomento de la libertad— deba ser siempre el mismo.

Estas consideraciones sobre los efectos de la centralización y la racionalización del poder van más allá de las tensiones existentes entre los diversos estamentos y clases que entraron en conflicto abierto en 1789. En efecto, el proceso de centralización afecta a toda la población e implica no sólo un cambio administrativo hacia la mayor eficiencia, sino un cambio general de actitudes. Va más allá de las clases y entra en conflicto con todas ellas, aunque en grados muy diferentes. La aceptación de este hecho no significa, empero, para Tocqueville, que éste desconocerá el conflicto de clases. Al contrario, sorprende la frecuencia con que aparece en su obra —no afectada por la de Marx— la idea de la lucha de clases. A pesar de su individualismo, Tocqueville afirma: «yo hablo de clases: ellas solas deben ocupar la historia». Y, refiriéndose a la situación del individuo en la



sociedad, añade: «Se pertenece primero a una clase, sólo luego se tiene una opinión». Las clases y su conflicto son la condición indispensable de toda revolución: si dos clases se enfrentan, el gobierno está irremisiblemente perdido.<sup>21</sup> Gracias a su conocimiento de este fenómeno, pudo Tocqueville predecir, aunque nadie le hiciera caso, la revolución de 1848.

Finalmente, *El antiguo régimen y la Revolución* representa una aportación definitiva a la sociología de las revoluciones. Tocqueville demuestra que éstas no obedecen sólo a un momento de crisis y enfrentamiento, por graves que sean, sino que son consecuencia de tendencias profundas que se van formando a lo largo de los decenios precedentes. A veces las revoluciones no hacen sino consolidar una obra hecha anteriormente: en ese sentido no crean un mundo nuevo. Tampoco son fruto, descubre Tocqueville, de la mera opresión: «las naciones que han sufrido paciente y casi inconscientemente la más abrumadora opresión suelen alzarse en rebelión contra su yugo tan pronto como éste se hace menos pesado». La revolución ocurre cuando está cerca el objetivo, cuando se ha recorrido ya un buen trecho hacia él. Es el sentimiento de privación de quien tiene a medias (no el del que no tiene en absoluto) el que las motiva. Por eso ciertas reformas, hechas a medias, pueden precipitar mudanzas bruscas. El estudio sociológico posterior de las revoluciones modernas y contemporáneas ha dado en gran medida la razón a los análisis tocquevillianos.<sup>22</sup>

Tocqueville detestaba el espíritu revolucionario por lo que tenía de destructivo. Pero lo que él quería era que se dieran los pasos y se llevaran a cabo las reformas necesarias, para impedirlo, o mejor, para que se desvaneciera. Mientras continuara «la opresión de los obreros de París»,<sup>23</sup> el conflicto sería inminente. Mientras los reaccionarios de Guizot estuvieran en el poder, la revolución y la violencia serían inevitables. Aunque estaba aparentemente de acuerdo con los liberales doctrinarios en su idea de que la revolución era, a la postre, enemiga de la libertad porque acarreaba consigo una época de terror, no les seguía en su odio por la democracia. Ya en su estudio sobre América, Tocqueville había puesto de relieve cómo una democracia estable era precisamente la mayor garantía contra las revoluciones violentas, la mejor solución para que las gentes de diversas clases y grupos pudieran resolver sus conflictos al nivel estrictamente político, y no mediante la guerra civil y la dictadura de una clase sobre las demás o la de un partido sobre todo el pueblo.<sup>24</sup>

## Notas

1. Los datos biográficos proceden de J. P. Mayer, *Alexis de Tocqueville. A Biographical Study in Political Science*, Nueva York, 1960; así como de L. Díez del Corral, *El pensamiento político de Tocqueville*, Madrid, Alianza, 1989. Este último es la mejor introducción general a Tocqueville.

2. Cf. Harold Laski, en su introducción a la *Démocratie en Amérique*, vol. I-1, p. x de las *Oeuvres, papiers et correspondences*, de Alexis de Tocqueville, París, 1951, ed. del Centenario. Todas las citas de Tocqueville se darán con referencia a esta edición, con la indicación *O. P. et C.*

3. *O. P. et C.*, vol. I-1, pp. 301 ss.
4. *Ibid.*, pp. 134-136.
5. *Ibid.*, pp. 354-355.
6. Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York, 1963, p. 23.
7. *O. P. et C.*, vol. I-1, p. 265.
8. *Ibid.*, p. 101.
9. *Ibid.*, p. 324.
10. Lorenzo Caboara, *Democrazia e libertà nel pensiero di Alexis de Tocqueville*, Milán, 1946, pp. 71-72.
11. *Ibid.*, p. 72.
12. Caboara, *ibid.*, lo cita, p. 74.
13. *O. P. et C.*, vol. I-1, p. 103.
14. A. de Tocqueville, *Oeuvres complètes*, «Études économiques, etc.», París, 1876, vol. IX, p. 543.
15. *O. P. et C.*, vol. I-1, p. 154.
16. Citado en J. C. Lamberti, *La notion d'individualisme chez Tocqueville*, París, PUF, 1970, p. 9.
17. Jack Lively, *The Social and Political Thought of Alexis de Tocqueville*, Oxford, 1962, pp. 126-129.
18. Cf. Jack Lively, *op. cit.*, pp. 56-59. Compárese todo esto con los datos históricos aducidos por Jacques Godechot, *Los orígenes de la Revolución francesa*, Barcelona, 1974.
19. *Ibid.*, pp. 154-155.
20. *Ibid.*, p. 158.
21. Cf. las citas de Georges Lefebvre en su introducción a *L'Ancien régime et la Révolution*, en *O. P. et C.*, vol. II-1, p. 23.
22. Maxime Leroy, *Histoire des Idées sociales en France*, París, 1954<sup>2</sup>, p. 51.
23. S. Giner, «La revolución», en J. F. Marsal y B. Oltra (comps.), *Nuestra sociedad*, Barcelona, Vicens Vives, 1980, pp. 337-376.
24. Para una versión castellana del *Ancien régime*, cf. A. de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, Madrid, Alianza, 1982, 2 vols.